

CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3	Introducción
<i>Alberto G. Belluci</i>	5	A la búsqueda de la identidad perdida
<i>Teresa Piossek Prebisch</i>	15	Los comienzos de la más antigua ciudad argentina. Un triunfo sobre la adversidad
<i>José de Nordenflycht</i>	27	Iglesias de Chiloé
<i>Silvia Gabriel</i>	35	Identidad y memoria en el <i>Facundo</i> o civilización y barbarie de Domingo Faustino Sarmiento
<i>Lucía Piossek Prebisch</i>	44	Inmigración e integración en la obra de Ricardo Rojas
<i>Ramón Ruiz Pesce</i>	57	San Juan de la Cruz sujeto pobre y herido
<i>Héctor D. Mandrioni</i>	70	La esperanza cristiana: pasión por lo posible
<i>Marie-France Begué</i>	78	Memoria e identidad

Iglesias de Chiloé:

Expresión de una Cultura Local

Patrimonio de la Humanidad

*José de Nordenflycht**

1. Chiloé, ámbito de una cultura local

Genéricamente reconocemos a Chiloé como un complejo archipiélago integrado por innumerables islas en torno a la Isla Grande ubicada en el territorio de la República de Chile en torno a la latitud 43° sur.

Esa condición de insularidad hace que para referirse a Chiloé se debe trabajar en base a la noción de *diferencia*, referida principalmente a la condición de una secular escisión de la homogeneidad continental, la que se da cuenta a través matices y “pequeñas variantes”.

Considerando que recién hacia 1960, con la Carretera Panamericana, existe una apertura de las comunicaciones que inaugura un flujo continental, la historia del Archipiélago ha podido conservar muchos de sus caracteres tradicionales.

Ese aislamiento durante siglos fue carencia pero también riqueza.

Para introducirnos en la caracterización de este medio tan particular se debe reconocer en primer lugar la estrecha vinculación de los horizontes demográficos chilotes, desde los primitivos habitantes llamados *huilliches* hasta la población mestiza actual, con el medio en un sistema compuesto por el mar, que otorga el alimento extraído por los hombres; la playa, cuya fuente

* Historiador del Arte, Académico de la Universidad de Playa Ancha y de la Universidad Católica de Valparaíso, Secretario General del Comité Chileno de ICOMOS.

de recursos a través del *marisqueo* es asumida por las mujeres, el terreno cultivado, que comprende la huerta de hortalizas inmediata a la casa y trabajada por las mujeres y el minifundio de cultivos intensivos (papas, manzanas, etc.) trabajado por los hombres y finalmente el bosque completa este sistema de ocupación y explotación territorial, de aquí se obtiene la madera de construcción y la leña para calefacción, en donde el *hachero* es su figura singular. Este sistema permite que exista, en el más extremo de los casos, un nivel de precariedad aparente, pero nunca aparecen indicadores de pobreza urbanos como la indigencia.

En suma, un sistema que se denomina cultura del *bordemar*, y cuya tipología antrópica característica es el *bogador*.

Esta cultura del *bordemar* ha originado secularmente la humanización del mar interior del Archipiélago, en donde la valorización de ciertos puntos en el territorio da paso a los poblados, cuya estructura física característica donde “el mar es la parte de adelante y la tierra es la parte de atrás”.

Todos los asentamientos como, por ejemplo, poblados como Chonchi (3.500 habitantes urbanos aprox.) y los de la isla de Lemuy, Puqueldón, Aldachildo, Detif, Ichuac tienen un origen en la capilla que le otorga un sentido al pueblo (toponimia) “soy de la capilla de Detif...”. En la capilla está la formalización de la vida social (nacimientos muertos y matrimonios), los espacios de sociabilización radicados en la plaza y la formalización de la tipología de la iglesia chilota.

Las capillas se construían en base al sistema de *minga*¹ donde se junta el capital, el diseño o producción y la mano de obra. Su origen está en las “capillas de indios”, en donde la comunidad era la depositaria de las capillas... el patrimonio era efectivamente de la comunidad. La minga era una forma de trabajo colectivo en donde el reconocimiento de la solidaridad por el bien común era su principal condición.

Cada capilla estará advocada a un Santo Patrono, que es el protector del lugar, el cual se venera en el “día santo”; en cada una de ellas el *patrón* es el conservador de la capilla, el depositario de la memoria de la capilla, encargado de evitar, por ejemplo, al gusano barrena o broma, y de “alujar”

¹ “El vocablo *Minga* deriva de la palabra aborigen “mincan” –alquilar gente–. Por otra parte, puede tener su origen en la voz quechua “minga” –reunión, concurrencia amistosa para un trabajo–. Si bien los aborígenes de Chiloé poseían un idioma algo propio, que desgraciadamente para la filología ya no se habla en el Archipiélago... (...) Montandón, Roberto “*Faenas Colectivas en el Archipiélago de Chiloé*”, en Boletín de la Academia Chilena de la Historia, Año XVIII, Segundo Semestre de 1951, n° 45. Págs. 119-123.

(poner la capilla de lujo) para las ocasiones de fiesta. La *patrona*, por su parte, es la encargada de cuidar las “imágenes femeninas”. Los *fiscales* son similares a los diáconos, de origen indígena son reemplazantes del sacerdote y nunca celebran sacramentos, salvo cuando bautizan en caso de necesidad.

La cultura constructiva se basa en la madera, la obtenían los hacheros y los indios tableros, las especies más utilizadas eran la luma, el coigüe, el roble, el avellano y el alerce, este último es de la “cordillera” (de la sierra nevada, de Chaitén hacia el interior en Chiloé continental), también se extraía de Melipulli (actual ciudad de Puerto Montt), o importaciones desde más lejos como el ciprés de las Güaitecas. El bosque de la isla grande, la “montaña azul”, no se explota. La madera de alerce tenía un período de extracción que iba desde noviembre hasta abril. Durante ese largo proceso se comenzaba dejando “picados” los árboles, para que se salga la goma y se seque, luego de un año recién se tala el árbol haciendo andamios a una altura de dos metros, en donde se empieza a cortar, el árbol se hacía caer hacia un lugar planificado, para no destruir el bosque y finalmente con cuñas de madera se sacan las tablas. En la construcción de las capillas se utilizan bases de madera de luma, en el forrado exterior e interior se utiliza el alerce, la imaginería que iba en el interior era importada de Lima, hasta que se consolida una tradición local, los santeros, que son los hombres del lugar que esculpen en madera *los poderosos*, o imágenes religiosas.

2. Chiloé: sistema patrimonial

Chiloé es un territorio que por sus particularidades contiene una serie de elementos y relaciones que lo convierten en un sistema patrimonial. Aquí el patrimonio ambiental comprende los eventos geográficos y la preexistencia cultural. Ambos dan forma a la identidad que se expresa en una calidad de vida escogida por los habitantes de un espacio a través del tiempo. Esta opción se materializa en un modo de ocupar el espacio y en un modo de la valorizar los recursos naturales.

Si el medio ambiente urbano es todo aquello que configura un entorno que define la calidad de vida. Por lo tanto, también lo constituyen los espacios públicos o de uso comunitario, los ‘lugares’ que tienen significado histórico y estético y proporcionan identidad colectiva, el ambiente de seguridad ciudadana o la trama urbana que facilita la convivencia cívica. Todos estos componentes de la vida urbana interesan prioritariamente a los sectores populares que no pueden construirse ‘ciudades privadas’; al contrario, construyen la ciudad de todos pero luego son excluidos de sus virtualidades.

Este diagnóstico expresado para las comunas urbanas es válido también para los espacios definidos por una escala de “localidad menor” que presenta una mayor fragilidad ambiental, social y patrimonial, como es el caso de Chiloé.

Una de las características de las localidades menores es la de tener una identidad cultural definida, aún cuando ésta no tenga la dinámica necesaria para autosostenerse. Entendemos aquí por cultura la amplia gama de respuestas del hombre ante el medio, que van desde las técnicas productivas hasta las manifestaciones artísticas². La tendencia cultural de los centros mayores es la de la homogenización, inducida por la gran presión que ejercen las comunicaciones ante las cuales la cultura local va gradualmente diluyéndose en una cultura global, en la medida que el territorio no puede internalizar la información recibida. Esta “cultura global” actúa ejerciendo una suerte de dominio caracterizado por la distribución de bienes estandarizados de consumo portadores de un mayor “confort” y la transferencia de tecnologías que se consideran más eficientes y eficaces. Esta cultura global, evidentemente dotada de una mayor dinámica, va constituyéndose en el medio ambiente más apetecible.

Debemos considerar que, aún cuando en las localidades menores encontramos territorios deprimidos y valores culturales en estado recesivo, en ellas vemos un factor de diversidad cultural. Intentar reactivar los valores locales puede ser una estrategia global para intentar detener la polarización del territorio. Esta actitud puede ser la plataforma que sustente una renovación territorial. Una identidad territorial definida es, en la actualidad, un producto escaso, por lo tanto, la valoración de este recurso debe constituirse en un potencial de desarrollo puesto que la identidad cultural es lo que, en definitiva, constituye un atractivo cultural y por extensión un potencial de desarrollo.

En el caso de Chiloé hemos visto durante las últimas décadas un creciente proceso de integración al “sistema continental”, de una rapidez y contundencia tal vez inédita, si se considera toda su historia anterior y a partir del siglo XVI. De hecho la construcción de un puente que unirá la Isla Grande de Chiloé con el continente proyectado para los próximos años es otro de los indicios de este fenómeno. La relación del territorio con su producción cultural puede ser sometida a variaciones violentas producto de este “acercamiento”, incluso en los ámbitos científicos en donde el establecimiento de un diálogo con una apertura ante el otro debe superar la relación objeto-su-

² Ballart, Josep, *Patrimonio histórico y arqueológico. Valor y Uso*, Editorial Ariel, Barcelona, 1996.

jeto de la antropología decimonónica. La que además de pecar de ingenuidad positivista, en el plano epistemológico, no nos permitiría superar el umbral de lo ya visto mil veces por los ojos del turista desprevenido.

Tal como señala Françoise Choay³, la expresión patrimonio histórico “designa un fondo que contiene una acumulación de una diversidad de piezas vinculadas por su común pertenencia al pasado: objetos y obras maestras de las bellas artes y de las artes aplicadas, trabajos y productos de todos los saberes y habilidades del ser humano, destinado al disfrute de una comunidad constituida por todos los hombres”, por lo que la consideración de monumentos aislados, obras de excepcional valor artístico o con una gran carga histórica, que hasta hace un tiempo consignaban la valoración de nuestro patrimonio, es superada por el actual concepto del patrimonio en el que se encuentra un conjunto de variables artísticas, técnicas, sociales, económicas y políticas, conformando éstas un sistema patrimonial.

De este modo se asume desde el oficio del historiador un campo que llamaremos historiografía patrimonial, entendida como la construcción de un discurso crítico sobre la arquitectura construida preexistente y su contexto, la que demanda su restitución y vigencia a través de los dispositivos analíticos que comparecen en la investigación sobre sus historias diversas, dentro de las cuales la tradicional historia de la arquitectura desenclava su exclusividad para dar lugar a espacios contaminantes, permeabilidad y apertura a las otras variables que originaron, desarrollaron y mantienen el sistema patrimonial.

La historia comienza con la escritura, al menos eso nos enseñan de niños en la tradición de nuestra formación escolar, pero no termina en ella. En este desplazamiento es donde se nos aparece la historia oral, como una demanda metodológica a la hora de enfrentar algunos proyectos que nos permitieron entregar insumos a los proyectos de intervención y conservación de las iglesias de Chiloé conducidos por la Fundación de Amigos de las Iglesias de Chiloé, encabezada por el Obispado de Ancud y la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile. Por lo demás un interesante proyecto de recuperación de la identidad local, a través de la historia oral, fue desarrollado por el mismo Obispado de Ancud desde la década del setenta, a través de los Cuadernos de Historia, en donde se motivó a niños en edad escolar a entrevistar a sus abuelos y mayores no solamente para obtener información sino que también para desarrollar conductas de pregnancia identitaria de alto valor social y espiritual.

³ “Alegoría del patrimonio”, “Monumento y monumento histórico”, Arquitectura Viva 33 Noviembre-diciembre 1993, pags. 15 a 21. Este texto es una versión, abreviada por su autora, del primer capítulo del libro *Monument et monument historique*, Editions du Seuil, Paris, 1992.

3. Chiloé y sus iglesias: un patrimonio para la humanidad

A fines del año 2000 el sistema compuesto por las iglesias que otrora pertenecieron a la Misión Circulante de Chiloé fueron declaradas por la UNESCO *Patrimonio de la Humanidad* en virtud de ser representativas de una tipología arquitectónica original que responde a un proceso de adaptación a las condiciones del contexto y la necesidad de dar cabida al culto y la evangelización en uno de las gestas misionales más australes del mundo.

“Antes de 1608 parece que ni los franciscanos ni los mercedarios habían construido iglesias en los pueblos, porque los primeros jesuitas que iniciaron la misión circular, hacían sus visitas reuniendo la gente a la intemperie, predicando en la misma playa y durmiendo en ella, porque ni había capillas ni *casemitas*. Con los jesuitas, la capilla comenzó a ser el centro de la misión, consuelo para los fieles durante el año dirigidos por el *fiscal*, morada del santo patrono, lugar santuario de la comunidad, distintivo de cada agrupación humana que, poseyendo iglesia tomaba la categoría de pueblo y se incorporaba al itinerario de la *misión volante* y de las visitas que desde las cabeceras hacía el padre o *patirú*”. Fueron los jesuitas los autores y los indios los constructores y, aunque se tratara de pueblos mixtos, las capillas pertenecían a los naturales y no a los españoles”⁴.

Los templos serán emplazados cerca de la costa, donde cada torre será un verdadero faro para la navegación por entre las islas del archipiélago y sus canales. El frontis de la Iglesia constituía una gran plaza-atrío que era incorporada en las celebraciones locales asociadas a las advocaciones así como a la celebración de los sacramentos que se realizaban con una escasa frecuencia, producto del aislamiento y dificultad en las comunicaciones.

Las Iglesias se estructuran en base a una gran nave cuya fábrica y armadura de cubierta es íntegramente construida de madera, incluidas las uniones. El frontis de configura en una torre sostenida por una arquería, en donde los elementos ornamentales se corresponden con un lenguaje neoclásico vernacular. Lo interiores de planta basilical y tres naves terminan en una sacristía y un cuarto donde se disponen los objetos litúrgicos, de los cuales también habría que considerar su particular factura y resultado formal. Este cuerpo arquitectural emplazado en esta localización extrema ofrecía una imagen que para ningún sacerdote informado del siglo XVIII y XIX podía ser indiferente de referencias a la cultura arquitectónica de su tiempo.

⁴ Urbina, Rodolfo, *Las Misiones Franciscanas de Chiloé a fines del Siglo XVIII: 1771-1800*. Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso, serie Monografías Históricas n° 4, Valparaíso, 1990. Citas del capítulo 3. Las formas de misionar, III. Las capillas de la Misión (p. 69).

Las hipótesis sobre la consolidación de esta tipología es que el tópico de los orígenes de la arquitectura en la llamada “cabaña primitiva” se convierte en un modelo funcional y hasta protorracionalista en la arquitectura occidental, con un modelo teórico y una praxis definida. Este acontecer del desarrollo de la arquitectura occidental es asumido, y eventualmente reelaborado, presentando una praxis que en el caso de Chiloé se manifiesta en una metodología vernacular que restituye su propio modelo teórico (del latín *restituere*, rehacer, reedificar).

El arquitecto Ignacio Modiano es el que ha establecido las más sugerentes proposiciones sobre la tipología constructiva jesuítica en Chiloé, al punto de concluir que: “aparece claro que para la más radical tendencia de la arquitectura de la razón del siglo XVIII, las experiencias de los jesuitas en Sudamérica se mantendrán tal vez como su más valioso testimonio construido”⁵. El mismo autor establece relaciones palmarias sobre el conocimiento que de Laugier⁶ pudieron haber tenido los demás jesuitas y eventualmente sus hermanos de ultramar.

No obstante, las más antiguas Iglesias chilotas, como Santa María de Achao que data de 1730, son anteriores a la formulación de Laugier, lo que no les resta su condición de racionales y sugiere más bien que el carácter de modelo teórico restituido obedece a que recoge una praxis que sólo será explicada por el modelo de Laugier. La tipología formal de las iglesias de la Misión Circulante de Chiloé tiene un fundamento absolutamente racional. Se inserta dentro del llamado clasicismo primitivo y tiene dentro de él un carácter vernacular, por la naturaleza de sus soluciones constructivas y materiales.

Esta particularidad tipológica del caso chilote es más interesante al establecer las distancias comparativas con el sistema de las misiones jesuitas al interior del continente sudamericano que se configuraba como una región unitaria que abarca desde el oriente boliviano (Santa Cruz de la Sierra, Chiquitania y el Beni), el Paraguay y el litoral argentino (Misiones, Corrientes, parte de Santa Fe y Entre Ríos), con un epicentro generador localizado en Asunción⁷, en donde las tipologías arquitecturales respondían más bien a los elementos formales de las transferencias del barroco.

⁵ Modiano, Ignacio, “*Iglesias de Chiloé. Riqueza iconográfica dentro de un marco de acción racionalista*”, en *La Ciudad en la obra de Borromini*, Ediciones del Pirata, Santiago, 1988, p. 26.

⁶ Por la traducción Alemana (Leipzig, 1758). Además casi tan decisivo fue el texto del Padre Rieger *Elementos de arquitectura Civil*, en donde sigue la idea racionalista del origen de Laugier. Escrito en latín y luego traducido al español (por el padre P. Benavente en 1763), será un texto muy difundido en España bajo la Casa de Austria.

⁷ Gutiérrez, Ramón, *Arquitectura y Urbanismo en Iberoamérica*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1992, pág. 210.

El final abrupto de la conducción jesuita a cargo de las reducciones tiene su interpretación por Benévolo en que “la cultura iluminista no está preparada para registrar la artificiosidad de estos emplazamientos, mantenidos por la presencia de algunos centenares de misioneros y destinados a desaparecer totalmente apenas se alejen los religiosos. El concepto de ciudad ideal encuentra su último refugio en la recóndita selva del Paraguay; es una idea que ya sólo pertenece al pasado, que sólo puede mantenerse viva en condiciones excepcionales y no tiene cabida en el nuevo universo económico y político”⁸. Sin embargo, esta lectura de utopía como forma regresiva, válida para la zona paraguaya no es igualmente exacta para la misión circulante de Chiloé y las reducciones chiquitanas –igualmente declaradas *Patrimonio de la Humanidad*–, porque estos pueblos y su fe se mantuvieron “vivos”, lo que presenta una vigencia hasta el momento actual, fundando su potencia tanto en el patrimonio tangible como en el intangible, sincretismo de un legado fundado en el siglo XVIII que llega hasta nosotros como índice de nuestra identidad.

⁸ Benévolo, Leonardo, *Historia de la Arquitectura del Renacimiento*, Taurus Ediciones, Madrid, 1973. Traducción de María Teresa Weyler, de la edición italiana de 1968, *Storia dell' Architettura del Rinascimento*, Editori Laterza, p. 1263.